



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12052

PREMIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Estran-
jero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.
16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 13 DE ENERO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lottet rue Caumartin
61; y J. Pines, Faubourg-Montmartra, 31.



L UNION Y EL FENIX ESPAÑOL
COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL.
37 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS sobre LA VIDA—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA, Calle 15.

CONSECUENCIAS

Ya ha comenzado á dejarse sentir en este distrito minero la baja de los cambios. Por doloroso que sea confesar que la prosperidad de Cartagena y de otras poblaciones que viven de la minería, estribaba en el desequilibrio de nuestra moneda con la extraña, hay que confesarlo sin rebozo. Ni Cartagena ni ninguna de las poblaciones que en su caso se encuentran responsables de lo que sucede; pero sucede al fin y hallan en ello semillero de males cuyo resultado final es la miseria.

Buscando alivio á los males de la patria, el ministro de Hacienda publicó la famosa ley del caudado, por la cual se obligaba á pagar en oro los derechos de aduanas de varias especies ó en efectos del valor de aquél; y atendiendo al beneficio general y olvidando ó no queriendo ver los particulares perjuicios que iba á causar la mencionada ley, la aplaudimos, como aptau diremos todas las medidas que tengan por objeto levantar en los mercados extranjeros el signo de cambio español.

Pero al aplaudir en un reciente artículo la entereza del Sr. Urzaiz, que no se doblegaba ante las influencias de los intereses lesiona-

dos, ni cedía al temor de perder la cartera en la lucha entablada con tales intereses, volviamos la vista a este rincón de España y poniendo fin á los aplausos, declinamos al ministro que si no era justo que los menos vivieran a costa de los mas, no sería tampoco razonable que aquellos que fuesen abandonados a su suerte si ésta se les mostraba tan hurfana como era de temer.

Y ese caso llega mas pronto de lo que creiamos. Iniciada la crisis minera en el momento mismo en que fracasadas las gestiones del Sindicato se ponian en vigor las guías y demas entorpecimientos legales, se ha precipitado con la ley del caudado, sin que se haya hecho nada en ningún sentido para atajar el mal.

Las minas se paran porque desciende el precio de los minerales. Pesan sobre éstos tantísimas gabelas y se entorpece su manipulacion de un modo tan grande, que apenas han bajado un poco los cambios, muchos que rendian modestas ganancias ofrecen pérdidas seguras.

Si el asunto quedara reducido a parar algunos negocios, renunciando al producto que rendian, la cosa sería pasadera y se impondría la conformidad; pero queda a resolver un problema difícil, que se deriva de aquel daño, pues es consecuencia inmediata del mismo.

Cada mina que para sus trabajos deja un número de obreros inactivos que se van sumando a medida que aumentan las labores paradas; y como éstas son ya en número no pequeño, el de los trabajadores ha crecido en igual proporción.

Un periodico de la ciudad vecina que se preocupa lo mismo que nosotros del porvenir minero, decía la semana pasada que las calles de La Union se ven a todas horas llenas de obreros sin trabajo. Eso es lo temible, creólo el ministro de Hacienda, y si quiere evitar que la muchedumbre de obreros parados crezca con nuevos contingentes, quitele frenos a la industria minera, empezando por los que la entorpecen en sus movimientos, á ver si de ese modo se libra de la muerte una industria que en vez de haber sido mimada por los gobernantes para ayudar a su desenvolvimiento, ha sido tratada como trato el personaje de la fábula a la gallina de los huevos de oro.

DOS CARGAS DE CABALLERIA

la batalla de Talavera

Al recorrer los campos donde se rescató la campaña de 1809, iniciada con tan buenos auspicios y con tan fundadas esperanzas y de resultados tan estériles para la causa nacional, el ánimo se espante ante aquellos lugares, donde españoles é ingleses reunidos alcanzaron brillante triunfo sobre las aguerridas divisiones del Mariscal Víctor, ganoso é impaciente por desbaratar la fuerza de los aliados, castigando así con rudo golpe la resistencia contra Napoleón.

El prematuro ataque del Mariscal Víctor á la línea de los aliados en la tarde y noche del 27 de Julio, con el pánico injustificado de algunos bizños Cuerpos españo-

les, que el General Cuesta castigó ruda y ejemplarmente, arcahuendo á 50 soldados y clases, dejó en el ánimo de los españoles un verdadero deseo de rehacerse y de probar el empuje vehemente de que estaban animados.

En la madrugada del día 28 de Julio, los aliados se extendían desde el Tajo, en las mismas lapias de Talavera, hasta el cerro de Medellín, á lo largo del arroyo Portiña que corre de aquella parte de N. á S., constituyendo un foso no despreciable en el sector en que lame la falda del cerro. El Ejército español constituía el ala derecha, ocupando su vanguardia la ermita de Nuestra Señora del Prado, el pajaro de Vergara, caserón enclavado cerca del arroyo, era el enlace de la izquierda española con la derecha inglesa, extendiéndose las fuerzas de Wellington hasta el Medellín y su Caballería hasta las estribaciones de la Sierra Segurilla.

Al amanecer de este día 28, el Mariscal Víctor, deseoso de apoderarse del cerro Medellín, clave de toda la línea anglo-española, mandó embestir la posición: al amparo de 50 piezas de Artillería, tres regimientos de Infantería franceses, con igual orden y empuje que en un campo de maniobras, arremetieron á las brigadas Tilsen y Stewart, que defendían el cerro con coraje, logrando rechazar la fuerza francesa, echándolos con enormes pérdidas, más allá del arroyo.

El dudoso éxito de la falta de armonía y de proporción, imperaba en el Ejército napoleónico, pues ni José ni Sebastiani hicieron nada por coadyuvar al ataque malogrado de la división Ruffin. Celebrado Consejo de Guerra en el Cuartel de José Bonaparte, triunfó el espíritu enardecido de Víctor, y á las dos de la tarde se inició un ataque general, en medio de un calor verdaderamente asfixiante.

A pesar de la escasa extensión de la línea francesa, los olivares y chaparrales ocultaban el movimiento de sus unidades, de aquí el que la división Leval, una de las mejores del Imperio, se adelantaron en el ataque, embistiendo, sin saberlo, el pajaro de Vergara, defendido por Artillería y batallones de la brigada Campbell.

Iban con Leval dos batallones alema-

nes; á éstos tocó la peor parte, porque sobre ellos se cebó la metralla de las piezas españolas, que hicieron cerdear á tan sólida Infantería; ante tan vacilante actitud, los ingleses se lanzaron sobre ellos por el frente, mientras nuestra Caballería se disponía á cargar.

Ciegos los soldados de Campbell, se precipitaron sobre la infantería napoleónica, que dió cara bravamente, causando al 45º de línea inglés muchas pérdidas y poniéndose á pique de un desastre del que se salvó por la muerte del coronel alemán, barón de Porbeck; así y todo, el choque costó á los ingleses la muerte de dos jefes, quedando prisioneros de los alemanes cinco oficiales y más de 50 soldados.

Retirábase la división Leval con fiero continente por un terreno llano, con alguna mata de olivos; los franceses queriendo volver por el honor de la victoria, intentaron una vigorosa reacción ofensiva; pero como dice el gran historiador de aquella guerra, «ya entonces se salieron al encuentro varios batallones españoles y una sección de artillería con dos cañones de á ocho y un obús de á siete, mandada por el teniente D. Santiago Piñero, que cogiendo de flanco la línea alemana y cubriéndola de metralla, preparó á nuestro regimiento del Rey una de las más brillantes cargas que registran los anales de la caballería española.»

La carga, con efecto, y como no pudo menos de reconocerlo en su parte Wellington, «fue excelente y oportuna», siendo tal declaración importante y significativa, por el desprecio y la mala voluntad que hacia los españoles tenía el generalísimo británico.

Guiados por su coronel, D. José María de Lastres, y cumpliendo las órdenes del general Egüía, los escuadrones se lanzaron á la carga con empuje asombroso; gallardamente iba á su cabeza el ya citado coronel, que cayó herido, sin que este accidente influyera en la acometida, por cuanto en el momento tomó el mando el segundo jefe, D. Rafael Valparada; el choque prosiguió andaz y enérgico, retirándose la infantería francesa y cogiendo nuestros heroicos guerreros, según el testimonio de conde Toreno, «diez cañones», de los que «cuatro» llevó



Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.^a



236 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

—Sabed que aunque me domine la cólera sé lo que me hago, tomad este dinero porque no recibiréis más de mí.

—Ni esto esperaba,—te lo lo que tenga al morir lo daré á Jaghenka.

—Hasta las tierras? preguntó Matzko.

Después de una pausa añadió:

—Oid, sois parientes míos, y Jaghenka, no es si no mi abijada, pero la quiero mucho, y desee favorecerla. Si os olvidase á vosotros al morir y dejare todo á ella, maldeciríais mi memoria, pero creo haber hallado un medio de conciliar todo.

—Querale Dios! dijo Matzko.

El abad continuó:

—La muchacha tiene el derecho de ser caprichosa, porque es rica y de buena familia. Si quiere puede aspirar á la mano de un príncipe, pero yo le buscaré un joven á quien ella aceptará, porque sabe que la amo y busco su bienestar.

—Feliz el hombre que se case con ella, dije Matzko.

El abad se volvió hacia Zbishko:

—Y tú qué piensas?

—Lo mismo que mi tío.

—Por qué no querías que Chtan y Vilko se acercaran á Jaghenka en la iglesia?

—Para que ne eroyesen que les temo.

—Le has ofresido agua bendita?

237

LOS CRUZADOS

—Sí.

—Entonces... tómalas,—tómalas, repitió como un eco Matzko.

—Zbishko sin turbarse replicó:

—¿Cómo tomaría si juré fidelidad á Danusia?

—Juraste entregarla tres penachos á Danusia y cumpliendo esto, puedes casarte con Jaghenka.

—No, dijo Zbishko; cuando Danusia me cubrió con su velo, prometí casarme con ella.

El rostro del abad se enrojeó de ira.

—Déjate de promesas, dijo.

—He prometido por mi honor, y cumpliré lo prometido.

Matzko gritó:

—Zbishko, ¿qué dices?

El abad, levantando la mano con ademán amenazador exclamó:

—Ya sé, ya sé, tiene alma de conejo, y le causan pavor Chtan y Vilko.

Zbishko, que no perdía su sangre fría, encogíase de hombros y dijo:

—¡Ya! Les he rote la cabeza á los dos en Koesno.

—Santo Dios! exclamó Matzko.

El abad palideció, pero comprendiendo que podía utilizar la victoria, agregó:

—¿Por qué no dijiste nada?

—Me daba vergüenza. Creí que eran caballeros y

240

LOS CRUZADOS

Lo mejor era que Zbishko partiese para evitar mayores daños.

—Ya que debes conquistar los cascos alemanes, dijo, parte yo iré á Zgogelitz para calmar al abad y á Zich; lo siento por éste. ¿Y tú no piensas en Jaghenka?

—Dios la conserve la salud y la colme dioha, contestó Zbishko.